

Decadencia y civilización

Alternativas a un presente agotado

Policarpo Sánchez Yustos*



Recepción: 18 de mayo de 2012
Aceptación: 24 de septiembre de 2012

* Departamento de Prehistoria y Arqueología
Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de
Valladolid, España.
Correo electrónico: policarpos@hotmail.com
Se agradecen los comentarios de los árbitros de la
revista.

Resumen. El actual modelo de civilización está agotado. Su tendencia de crecimiento continuo es insostenible y supone una amenaza ecológica de proporciones desconocidas. En consecuencia, la humanidad necesita renovarse si no quiere ser víctima de sí misma. En el presente texto proponemos alternativas orientadas a domesticar las estructuras socioeconómicas, humanizar las políticas y civilizar la moral.

Palabras clave: decrecimiento, postmaterialismo, crisis civilizatoria, capitalismo, Baja Edad Industrial, *Homo sapiens*.

Decadence and Civilization. Alternatives to an Exhausted Present

Abstract. The current model of civilization is exhausted. Its tendency to unlimited growth is unsustainable and supposes an ecological threat of unprecedented proportions. For this reason humanity needs to be renewed if it does not want to be its own victim. In this paper we suggest different alternatives for this human metamorphosis and propose structural changes in order to domesticate our economies and societies and to humanize our policies and civilize our morals.

Key words: downshifting, postmaterialism, civilization crisis, capitalism, Late Industrial Age, *Homo sapiens*.

1. La Baja Edad Industrial

Desde nuestros remotos y salvajes orígenes en las sabanas africanas, son múltiples los logros que la humanidad ha ido alcanzando. Sin embargo, no podemos olvidar que nuestro “progreso” también ha estado jalonado por un creciente deterioro de las relaciones de los hombres entre sí y con la naturaleza. Actualmente habitamos un planeta degradado ambientalmente y dominado por una globalizada desigualdad socioeconómica.

El deterioro ecológico y las crisis socioeconómicas son el resultado esperado del crecimiento exponencial que caracteriza a la presente civilización. En realidad, es nuestro modelo de civilización el que está en crisis, pues sus cíclicos desajustes financieros, sociales y medioambientales, simplemente, son la punta de lanza de muchas otras crisis: del progreso, de la democracia, de la política, de la educación, de la moral, de la ética, de la historia, del presente, del futuro. Todas estas crisis presiden nuestra

época, por lo que bien podríamos denominarla como Baja Edad Industrial.

Esta etapa tardía del capitalismo se caracteriza por una cultura de masas superficial y narcisista, donde reina lo efímero y se sublima el dinero. Este patrón cultural prefabricado y frívolo, puesto en venta en los escaparates de los países desarrollados, sirve de fresco pasto para el voraz apetito de una economía en constante crecimiento. Este modelo de desarrollo requiere de un elevado índice de producción y consumo y de una gran masa dionisiaca (consumidores consumidos) que se disipa en una cultura heteróclita y descentrada donde el individualismo extremo conduce a un abandono de los valores comunes y al nomadismo moral. De este modo se da forma a un despiadado capitalismo nihilista que está desbordando peligrosamente los límites biofísicos del planeta. La gravedad de esta situación es tal que en caso de continuar con este modelo de desarrollo la civilización industrial está abocada al suicidio (Sánchez Yustos, 2009).

Este decadente e indignante escenario se ha convertido en el nudo gordiano que la humanidad debe deshacer si quiere garantizar su continuidad en la Tierra. Estamos ante un reto propio de héroes, donde la salida del laberinto permanece oculta y los vapores civilizatorios se hacen cada vez más asfixiantes. El mejor modo de orientarnos en este incierto laberinto es pertrecharnos, de memoria histórica. Conocer los pilares sobre los que descansa la Baja Edad Industrial es fundamental en la medida en que nos facilita un conocimiento crítico y una actitud reflexiva, compañeros imprescindibles en esta particular odisea. Se trata por tanto del clásico proverbio que aconseja conocer quiénes somos y de dónde venimos, antes de tantear a dónde nos dirigimos y, en caso de necesidad, reconducir el rumbo.

2. La especie elegida

El ser humano encarna la paradoja de formar parte de la naturaleza y a la vez encontrarse fuera de ella. Gracias a nuestra capacidad de crear, absorber, transmitir y acumular cultura, tras millones de años de evolución, hemos alcanzado el inmenso poder de imponernos a la naturaleza desde la naturaleza y, en consecuencia, extender el abanico de posibilidades que ofrece nuestra biología. De este modo la evolución cultural se ha convertido en una colosal fuerza transformadora, más rápida que la evolución biológica al funcionar mediante el aprendizaje y no a través de la herencia de caracteres adquiridos.

En términos históricos y antropológicos somos la “última humanidad”, los últimos supervivientes de un mundo salvaje y prehistórico. Antes que nosotros (*Homo sapiens*) existieron otras humanidades, otras especies extintas del género *Homo*. La más antigua (*Homo habilis*) se remonta a las sabanas africanas de hace 2.5 millones de años, aunque posiblemente la más conocida de todas ellas es el famoso hombre de Neandertal (*Homo neanderthalensis*), que habitó la Europa asolada por las últimas glaciaciones. Mientras tanto, en África subsahariana da comienzo un proceso de especiación del que surge el *H. sapiens*, aproximadamente hace cien mil años.

Con nuestra especie la capacidad transformadora del ser humano se disparó. Con la expansión terrestre que protagonizaron los primeros *Homo sapiens*, iniciada hace unos sesenta mil años y consumada cuarenta mil años después con la colonización de todos los continentes y biomas del Planeta, nuestra especie se convierte en una amenaza ecológica (Sánchez Yustos, 2010). Esta conquista de tierras no-humanizadas es un buen ejemplo de nuestras amplísimas capacidades para modificar la naturaleza, así como de la

agresión que suponen nuestras estructuras económicas en los ecosistemas que ocupamos.

Una vez que estuvimos asentados en todos los continentes y tras un importante cambio climático que puso el final del gran ciclo glacial que dominó los últimos dos millones y medio de años, hace unos diez mil años, los grupos humanos pasaron paulatinamente de una economía cazadora-recolectora a otra agrícola-ganadera. La domesticación de la naturaleza trajo consigo la implantación de un nuevo orden socioecológico basado en economías de producción que alteran los ciclos naturales, estratifican la sociedad y espolean el crecimiento de la población.

Sobre estos mimbres germina la civilización, cuyo origen está íntimamente ligado al nacimiento de las ciudades y el Estado. Uno de los elementos estructurales que mejor define a la civilización es la complejidad de sus instituciones sociales y políticas. Su espesor está vehiculado por una economía basada en la producción intensiva, cuyo flujo es distribuido y capitalizado mediante extensas redes mercantiles. La estructura económica de este modelo se organiza a partir de la inversión del excedente, que cuando genera beneficios se destinan a la producción, al comercio, a la mera acumulación de capital y, de nuevo, a la inversión. En términos socioecológicos la civilización institucionaliza la estratificación social y la explotación intensiva de los recursos naturales.

Podemos decir que en líneas generales el actual modelo económico es la última versión mecanizada y globalizada de las primeras estructuras económicas civilizadas. De hecho, algunos autores consideran que el origen del capitalismo se remonta a las primeras economías productoras (Frank y Gills, 1993; Frank, 1993). Obviamente la estructura económica actual en los países desarrollados presenta singularidades propias de nuestra época, como por ejemplo una demencial eco-rapiña. Esta última circunstancia se ha visto favorecida por la visión que el hombre moderno ha construido sobre sí mismo. La reelaboración que las sociedades desarrolladas llevan a cabo sobre su identidad frente al mundo natural, se articula mediante una contundente voluntad de emancipación y dominio de la naturaleza. Esta conciencia de superioridad la hemos denominado “conciencia de especie elegida” (Sánchez Yustos, 2010).

Esta conciencia resulta de la alianza del inagotable antropocentrismo místico de herencia judeocristiana y el fulgor de las Luces de la Modernidad. Según la tradición judeocristiana el ser humano, por creación divina, se halla en la cúspide del mundo natural, por lo que éste ha sido entregado al hombre para su disfrute y deleite. Más adelante, científicos como Francis Bacon proponen a la ciencia moderna como un

eficaz modo de apropiación de la naturaleza. Sin embargo, es René Descartes quien funda las bases modernas de la concepción emancipadora de la razón, que hace del hombre un ser de trascendencia. Establece la actividad racional como la esencia del ser humano, al tiempo que la observaba como un eficaz mecanismo que libera al hombre de las cadenas naturales, alejándolo de la animalidad y convirtiéndolo en un ser superior: “pienso, luego no soy animal”. De este modo el hombre moderno se proclama propietario del mundo natural, ya que a golpe de razón es capaz de desvelar sus misterios y enigmas. La apropiación que hace la ciencia moderna del mundo natural también sirve para terminar con la hegemonía Dios, y en su lugar colocar al hombre.

La construcción mitológica del progreso, la razón y el individuo que elabora la modernidad, junto con la obra de Darwin *El origen de las especies*, contribuye a la eclosión de la “conciencia de especie elegida” en el inconsciente colectivo de las sociedades industrializadas y modernizadas de finales del siglo XIX. De este modo se acentúa aún más la brecha que abrió la civilización hace más de cinco mil años y que desde entonces separa cada vez más al ser humano de la naturaleza. El hombre civilizado, moderno, industrial y trascendente, se siente superior al resto de seres vivos pues se sabe la única especie inteligente. Entiende la razón como la herramienta que le habilita la emancipación y apropiación de la naturaleza. Por ello, se cree la culminación del proceso evolutivo, la especie elegida.

3. Revolución energética, decrecimiento y posmaterialismo

Como contrapunto a este enfermizo antropocentrismo, en el seno de las sociedades desarrolladas también se ha generado un plano de conciencia crítica, eco-social, que recuerda que el progreso social y humano no guarda una relación directamente proporcional con el progreso material, crematístico y tecnológico. Esta erosión de la idea de progreso ha provocado que en el seno de las sociedades desarrolladas se extienda, como una gran mancha de crudo en el océano, la indignación ante el presente modelo de civilización, al que se considera agotado. Sin embargo, su imperante razón instrumental continúa asfixiando un mundo que languidece y pierde su color natural.

Esta circunstancia no debería incitarnos a huir hacia un *Futuro primitivo* (Zerzan, 2001). Rechazar nuestro presente, nuestra historia, nuestra cultura, es rechazarnos a nosotros mismos. Es vernos como “la manzana podrida” que inmediatamente debe ser extraída del cesto. No nos podemos quitar del medio para dejar de perturbar al resto de seres

vivos. La naturaleza no es un concilio biológico de paz. Además, el remedio de muchos de nuestros males sigue dependiendo del progreso científico y técnico.

Para erradicar ese vicio progresista, como señaló en su día el primer informe encargado por el Club de Roma, “no se trata de una oposición ciega al progreso, sino una oposición al progreso ciego” (Meadows *et al.*, 1972: 259). Para ello, los autores de dicho informe sugieren que cada avance tecno-científico sea sometido a una valoración social. En otras palabras, se aboga por la necesidad de una democracia participativa planetaria que se encargue de refrendar estos asuntos y dirimir entre todos qué modelo de desarrollo queremos construir.

Con la intención de reducir drásticamente la huella ecológica y humana del sistema económico actual, desde hace décadas se están proponiendo alternativas al paradigma neoclásico de crecimiento. En esta dirección apunta la corriente de pensamiento político, económico y social conocida como “decrecimiento”.¹

Todas las propuestas decrecentistas son partidarias de la disminución regular y controlada de la producción y el consumo por parte de los países desarrollados. Producir menos y más cerca de los consumidores y, de este modo, reducir el consumo de energía en la transformación y transporte de materiales. Esta fórmula económica necesariamente ha de estar precedida y acompañada de un nuevo cuerpo moral posmaterialista. En este sentido, es importante dejar claro que limitar el crecimiento material no implica favorecer una cultura recesiva o impedir el avance tecnológico.

Precisamente, para los autores del Informe Meadows se requiere de un conjunto de progresos tecnológicos para equilibrar la economía, tales como: la domesticación de la energía solar, variados métodos de recolección de desechos y reciclado, progresos en medicina y métodos anticonceptivos seguros y sanos, alargamiento de la vida útil de los objetos y facilitación de su reparación (*Do It Yourself-DIY*), así como numerosas técnicas biológicas contra plagas (Meadows *et al.*, 1972: 280 y ss.). Aunque el camino a recorrer en esta dirección sigue siendo largo, en la actualidad ya están disponibles muchas de las soluciones tecnológicas necesarias para avanzar en esa dirección, como por ejemplo: energías renovables, producción industrial limpia y agricultura ecológica. Sin embargo, todavía no se ha conseguido domesticar completamente la energía solar.

1. En este conglomerado intelectual anidan multitud de puntos de vista cf. Georgescu, (1971); Meadows *et al.* (1972); Schumacher (1973); Daly (1977); Bookchin (1999); Riechman (2004); Latouche (2008); Ridoux (2009); Taibo (2009); Cacciari (2010); Jackson (2011).

La principal ventaja que presenta esta fuente de energía, con respecto al resto de energías renovables, es su baja entropía. Dado que la Tierra es un sistema cerrado que no intercambia materiales con su entorno, pero que continuamente recibe energía solar, la estrategia mejor y también la más operativa a largo plazo, para garantizar la continuidad del hombre en la Tierra, consiste en emplear este perenne suministro energético para contrarrestar, en la medida de lo posible y de la manera más eficaz, su degradación entrópica.

Esta circunstancia supone cambiar por completo el perfil energético del presente modelo de civilización, fundamentalmente basado en energías no renovables (como los combustibles fósiles) y la energía nuclear; y adoptar uno más seguro basado en la luz solar y en otros recursos energéticos renovables (como el viento o las mareas). Sin duda alguna la domesticación del ciclo energético solar (captación, almacenamiento y transporte de energía) es uno de los puntos estratégicos de la revolución energética que la humanidad precisa llevar a cabo si quiere garantizar su supervivencia en el planeta. Una economía solar domesticada permanecerá siempre dentro de unos límites: la incidencia de la luz solar sobre la Tierra y el ritmo de reposición de los recursos renovables. Este es un paso de gigante si queremos frenar la expansión ilimitada del actual modelo económico y levantar un proyecto civilizatorio sostenible basado en la autolimitación.

Si la revolución industrial se articuló mediante el modelo económico neoclásico, la revolución energética debe invertir esta situación hacia un sistema socioeconómico que adecúe sus ciclos a los de la biosfera. Para modificar esta tendencia de crecimiento extralimitado y establecer una estabilidad económica y ecológica, es preciso contemporizar el crecimiento material (tecno-científico) con el desarrollo sociocultural y ético-político.

Para avanzar en esa dirección es necesario adoptar un nuevo cuerpo moral –posmaterialista– comandado por una sociedad-mundo que acepta los límites del sistema planetario en el que vive y no aspira al infinito o a pulverizar cualquier límite a fuerza de ingenio tecnocientífico, pues lo único que conseguiría es poner en peligro su continuidad en el planeta. Una sociedad-mundo que no aspire a convertirse en una tras-humanidad *cyborg* dispuesta a colonizar el espacio exterior una vez que haya esquilado este viejo planeta. Jorge Riechmann (2004) nos recuerda que no tenemos que aceptar como inexorable nuestro destino intergaláctico.

Una vez que hemos adquirido plena conciencia de la finitud de los recursos naturales y que la tecnología y el crecimiento económico no son garantes del desarrollo ni del

bienestar, podemos crear estilos de vida alternativos. Para ello es conveniente que desterremos la cultura del exceso, la falta de límites, la desmesura, la lógica del beneficio a corto plazo y las soluciones provisionales. En otras palabras, es preciso yuxtaponer a la racionalidad instrumental y técnica una racionalidad de valores que aspiren al equilibrio social y no a la maximización del beneficio.

Esto no quiere decir que prescindamos de los frutos más dulces de nuestra civilización, a saber: los derechos humanos, la igualdad entre mujer y hombre, la capacidad reflexiva y crítica del sujeto, la democracia, la conciencia ecológica o el desarrollo de la ciencia y la tecnología. Todo lo contrario, es muy necesario conservar esta valiosa herencia.

En términos morales, otro de los retos actuales consiste en “civilizar la Tierra” (Morin y Hulot, 2008: 133). Cuando nos referimos a civilizar la Tierra hablamos de mudar una serie de actos o actitudes “bárbaras” por otras “civilizadas”. En palabras de Tzvetan Todorov (2008: 39), cuando hablamos de ser civilizado nos referimos al que sabe reconocer plenamente la humanidad de los otros. En consecuencia, son bárbaros los que no reconocen la plena humanidad de los otros (Todorov, 2008: 38). De hecho, uno de los peores males de los que adolece nuestra sociedad es que “el miedo a los bárbaros es lo que amenaza con convertirnos en bárbaros” (Todorov, 2008: 18).

La lógica cultural de la presente civilización es, en este sentido, altamente inflamable ya que su inherente barbarie obstruye cualquier intento de equilibrar la intolerable desigualdad socioeconómica entre el norte y el sur. En los países desarrollados, la sobreestimulación presentista y hedonista a la que estamos constantemente sometidos dista mucho de la necesaria *slow life* que ponga freno al *brave McWorld* capitalista que, como decimos, amenaza con devorarnos y esquilmar un planeta que se le queda corto.

Por otro lado, no podemos perder de vista que la sociedad industrial está disuelta, difuminada y gravemente erosionada. Es una realidad palpable que “la sociabilidad está hecha ahora de mil pequeños nichos, de mil pequeños refugios en los que uno está al calor. Donde siempre se está mejor que en el intenso frío del exterior” (Comité Invisible, 2009: 36). En la actualidad, muchos sociólogos (no necesariamente posmodernos) han levantado acta de defunción de la sociedad. Por ejemplo, para Anthony Giddens (2002) la vieja sociedad de clases se ha desintegrado en la vorágine de una economía intangible de mercado y en la vertiginosa transformación tecnológica.

Este peligroso debilitamiento de la esfera social, según Alain Touraine (2005), viene acompañado del declive del Estado nacional. Después de la revolución industrial, las categorías

políticas imperantes fueron sustituidas por categorías económicas y sociales. Con el paulatino avance de la economía sobre la política, el Estado intervencionista ha sido barrido por la libre empresa y el mercado, que se han convertido en el órgano rector de un mundo globalizado.

Esta situación ha fagocitado un capitalismo nihilista, característica medular de la Baja Edad Industrial, que ha configurado un despiadado universo individualista capaz de lo peor, tanto de retocar la crisis ecológica con una cínica maniobra de “*apartheid ambiental*” (Shiva, 2001), mediante la cual el Primer Mundo transfiere sus residuos al Tercer Mundo; como de mostrar una desidia hostil al funesto reguero de vidas que a diario se pierden en la oscuridad arrastradas por la inanición. De igual forma, ha propiciado la descomposición de la sociedad y de sus principales instituciones.

Desde la sociología también se está haciendo hincapié en la necesidad de retomar una serie de valores comunes y redefinir el sentido de comunidad (Bauman, 2001: 2006). Estos ideales han sido devorados por un individualismo feroz donde la maximización del beneficio particular conduce a la ruina de todos. Se trata por tanto de aceptar un compromiso moral que anteponga el interés común al interés individual, ya que los proyectos colectivos permiten transformar contextos comunes que dificultan los cambios.

No debemos olvidar que a partir de proyectos y valores colectivos, la humanidad eclosionó. Cooperar nos hizo humanos. La supervivencia de los primeros grupos humanos dependió en buena medida de los lazos de cooperación y solidaridad que se establecieron entre sus miembros. Biológicamente estamos diseñados para vivir en comunidad. Nuestra garantía de vida desde el primer momento hasta el último ha dependido de fuertes vínculos comunitarios trabados sobre la familia, la solidaridad, la cooperación y la empatía.

Estos valores ya están presentes en la primera humanidad, que no sólo cuidaba de sus hijos, sino también de sus ancianos. Nuestra sociedad, tan civilizada, debería tener una amplia memoria histórica y recordar cómo las familias y sociedades preindustriales cuidaron de sus ancianos. Recordemos y retomemos ese tesoro de la sabiduría: la figura del anciano sabio. Y rechacemos y olvidemos la del viejo improductivo aparcado en el geriátrico. Precisamente en ellos está contenida la sabiduría de los años tan necesaria en los momentos de crisis.

En definitiva, resulta evidente la necesidad de construir proyectos colectivos. Por ejemplo, tal y como propone Edgar Morin en muchos de sus libros, a escala planetaria

es necesario avanzar hacia una sociedad civil mundial presidida por una actitud solidaria que vincule a los humanos entre sí y con la naturaleza. Esta sociedad-mundo requiere de unas bases políticas, revestidas de reflexión estratégica, que han de estar dirigidas a configurar responsablemente nuestro futuro colectivo.

Si la sociedad industrial se ha fundamentado en una intensificación de la producción y consumo, así como en profundas desigualdades socioeconómicas, la desaceleración debería acompañarse de una redistribución del poder en función de ámbitos de acción colectiva. En ellos, el sujeto, a través de órganos de decisión directa (como la democracia participativa), podría tomar parte en la toma de decisiones de aquellos problemas que nos afectan a nivel global (como especie) y local (como miembro de una determinada comunidad).

Continuando con este discurso prospectivo, en este hipotético escenario de autocontención la escala local estaría dominada por comunidades posurbanas y neorurales sostenibles y ajenas a rancias fórmulas estatales. El intermitente éxodo urbano que estamos contemplando en los países más desarrollados, en gran parte inducido por la incomodidad que produce la vida metropolitana, podrá incrementar su flujo en la medida en que las innovaciones tecnológicas automaticen y digitalicen aún más la productividad.

En tal caso habría que crear un nuevo modelo territorial, redefiniendo el binomio comunidades-rurales / comunidades-urbanas y equilibrar la complejidad operativa inherente en los plexos de este modelo. Dicho de otro modo, en un entorno complejo como puede ser un expansivo centro urbano, con respecto a otro rural, los problemas de complejidad crecen más deprisa que los medios para solucionarlos. Como la información, un exceso de complejidad satura los canales y, al final, se pierde más información de la que se es capaz de asimilar y gestionar.

Para finalizar, queremos subrayar el hecho de cómo el ser humano del siglo XXI conoce mejor que nunca su pasado y, por tanto, es capaz de responder con más claridad a las clásicas preguntas que vertebran su identidad y devenir, a saber: quiénes somos, de dónde venimos y a dónde vamos. Si bien es cierto, la respuesta más complicada y a la vez la más inquietante sigue siendo la última. Con todo, resulta evidente que, como la noche, la Baja Edad Industrial se nos ha echado encima. El peso de cientos de miles de años de evolución biológica y cultural nos ha conducido a un laberinto que parece no tener salida. Tal vez la naturaleza paradójica del ser humano nos haga errar en busca de una salida que no existe. Pero, tal vez, otra humanidad es posible fuera de este laberinto.



- Bauman, Z. (2001). *En búsqueda de la política*. FCE, Buenos Aires.
- Bauman, Z. (2006). *Comunidad. En busca de seguridad en un mundo hostil*. Siglo XXI, Madrid.
- Bookchin, M. (1999). *Por una sociedad ecológica*. Gustavo Gili, Barcelona.
- Cacciari, P. (2010). *Decrecimiento o barbarie. Por una salida no violenta del capitalismo*. Icaria, Barcelona.
- Comité Invisible (2009). *La insurrección que viene*. Melusina, Barcelona.
- Daly, H.E. (1977). "The Steady-State Economy: What, Why and How?" en D. Pirages (ed.). *The Sustainable Society: Implications for Limited Growth*. Praeger, London.
- Frank, A. G. (1993). "Bronze Age World System Cycles", *Current Anthropology*. Vol. 34, Núm. 4.
- Frank A. G. y Gills, B. K. (eds.) (1993). *The World System. Five Hundred Years or Five Thousand?*, Routledge, London.
- Georgescu Roegen, N. (1971). *The Entropy Law and the Economic Process*, Harvard University Press, Massachusetts.
- Giddens, A. (2002). *Un mundo desbocado. Cómo está modificando la globalización nuestras vidas*. Barcelona, Taurus.
- Jackson, T. (2011). *Prosperidad sin crecimiento: economía para un planeta finito*. Icaria, Montevideo.
- Latouche, S. (2008). *La apuesta por el decrecimiento. ¿Cómo salir del imaginario colectivo?*, Barcelona, Icaria.
- Meadows, D.H.; D.L. Meadows; J. Randers y W. Behrens (1972). *Los límites del crecimiento*. FCE, México.
- Morin, E. y Hulot, N. (2008). *El año I de la Era Ecológica*. Contextos, Barcelona.
- Ridoux, N. (2009). *Menos es más. Introducción a la filosofía del decrecimiento*. Libros del Lince, Barcelona.
- Riechmann, J. (2004). *Gente que no quiere viajar a Marte. Ensayos sobre ecología, ética y autolimitación*. Catarata, Madrid.
- Sánchez Yustos, P. (2009). "La conciencia ecológica. El espejo de una civilización suicida", en *Gazeta de Antropología*, 25. <http://www.ugr.es/~pwlac/G25_39Policarpo_Sanchez_Yustos.html>.
- Sánchez Yustos, P. (2010). "Humanos, demasiado humanos". *BSSA arqueología*, LXXVI.
- Shiva, V. (2001). "El mundo en el límite", en A. Giddens y Hutton, W. (eds.). *En el límite. La vida en el capitalismo global*. Tusquets, Barcelona.
- Schumacher, E. F. (1973). *Small is Beautiful: Economics as if People Mattered*. Perennial Library, New York.
- Taibo, C. (2009). *En defensa del decrecimiento*. Los Libros de la Catarata, Madrid.
- Todorov, T. (2008). *El miedo a los bárbaros*. Círculo de Lectores, Barcelona.
- Touraine, A. (2005). *Un nuevo paradigma para comprender el mundo de hoy*. Paidós, Barcelona.
- Zerzan, J. (2001). *Futuro primitivo y otros ensayos*. Numa, Valencia.

Andrea Telaya Freyman
Paisajes y desnudos



Título: campasúchil
Soporte: lienzo
Técnica: acrílico



Título: espejo
Soporte: lienzo
Técnica: acrílico



Título: Olivia
Soporte: lienzo
Técnica: acrílico

Representaciones retóricas